

EDUARDO IZAGUIRRE GODOY.

Toqué el timbre unas cinco veces antes de lanzar el volante. Y lo hice, cosa que no era mi costumbre, porque, bueno... monsieur Baruch era un hombre generoso y, como yo siempre le llevaba la correspondencia, cada vez que iba salía. Sí, abría la puerta y me daba un billete de 5 dólares. Así es, 5 dólares, algunas veces maltratadito y en otras como recién salido de imprenta. Tan nuevecitos a veces que hasta desconfiaba de que fueran verdaderos. Yo me preguntaba constantemente cómo así este hombre podía tener tanto dinero, ¡y regalarlo de esta manera! Y, bueno, las respuestas tampoco eran difíciles de alcanzar, puesto que ¿acaso había alguna otra cosa que pudiese hacer con su pequeña riqueza acumulada un anciano solo, sin familia y aparentemente sin amigos?

No había día que fallara. Yo dejaba la correspondencia bajo la puerta y, si no era de inmediato, me esperaba un ratito allí parado y de pronto se escuchaban dos, tres golpes de cerradura, y tras esa puerta lijada y de bordes astillados, sus lentes con lunas tan grandes como pantallas de televisor, y ahumadas además, se dejaban ver. Siempre con el gesto como helado. No triste, ojo, pero sí duro, quizás tenso.

Y eso que nunca cruzamos palabra. Es más, llegué a pensar que era mudo monsieur Baruch. ¿Era mudo? Hasta ahora no lo sé. Bueno, ya no lo sabré. La primera vez que me entregó la plata yo me había alejado por lo menos media cuadra. Me alcanzó corriendo. Me impresionó eso porque, pues, era un hombre mayor, un anciano, y se había corrido esos pocos metros sin dificultad. Se le notaba agitado, la boca abierta aspirando todo el aire que podía, el pecho que se le inflaba casi sin dejar tiempo para botar el aliento. Yo volteeé porque sentí las pisadas seguiditas. Su mano con el billete buscó la mía y me lo refundió en la palma. Sentí el papel arrugado y cuando lo vi, estiré el brazo para devolvérselo. Él ya había empezado el camino de vuelta y con el brazo me hacía un gesto como de siga nomás. Me dejó sin palabras y convertido en una pieza de cemento ahí en medio de la calle. Y pensando en esto, seguro fue el corazón. O un derrame cerebral. Suena lógico, ¿no? Porque a monsieur Baruch se le veía sano y su actitud indicaba que él se sentía fuerte aún. Quizás ese sentimiento fue su verdugo. El cuerpo tiene un límite a pesar de todo. Se le habrá ocurrido, no sé, levantar muebles para limpiar o trotar por las mañanas. Como vivía solo, difícil que alguien le ayudara a tiempo en caso se sintiera mal.

- No fue muerte natural. Tiene una contusión severa a la altura de la nuca. Monsieur Baruch fue asesinado.

Vaya. Terrible noticia la que me da en este momento. Aunque era de suponerse que algo así podría sucederle tarde o temprano. Imagínese, con todo ese dinero dentro de la casa, así lo tenga escondido en lo más recóndito e inaccesible, cualquiera se convierte en candidato de primer orden a un robo, y

Comentario [JEB1]: Esta frase debería pulirse un poco, se entiende, pero sólo por el contexto de la historia.

eso no solamente implica la pérdida de lo material, como bien se ha podido comprobar con monsieur Baruch.

- Monsieur Baruch no guardaba su dinero en casa.

¿Ah no?

- No. Nada.

Increíble. Realmente inaudito. Quién iba a pensar... esto es más escalofriante aún. Pero... era obvio que...

- Monsieur Girardot, vamos a necesitar que se quede con nosotros algún tiempo más, así que si tiene que llamar, avisar a alguien que no va a volver a casa esta noche, este es el momento.

COMENTARIO

A destacar en el pequeño cuento enviado por Eduardo: el buen manejo del lenguaje, de las imágenes, de la forma en que el narrador - protagonista acomete la tarea de describir a su personaje (M. Baruch) y su cansancio al alcanzarlo en la calle. Es precisamente así como suele funcionar un buen texto: dejando que sea el propio lector el que «deduzca» lo que le ocurre a un personaje. Digamos que actúa como una cámara que sigue al personaje y nos ofrece su transitar dejando que sea el propio lector/ espectador el que saque las conclusiones respectivas. En cuanto a la posición del narrador en primera persona, observamos que no resulta tan sencilla como nos suele parecer a simple vista, si queremos evitar que el cuento parezca ser «contado» al lector y no que se desarrolle autónomamente de este, que es lo ideal salvo casos muy concretos. Por ejemplo el narrador de *El guardián entre el centeno*, o el del cuento de Mario Benedetti *Réquiem con tostadas*, novela y cuento que les pedimos encarecidamente que lean en cuanto puedan. Así, aunque el narrador que usa Eduardo está manejado con mano hábil y es perfectamente válido, por momentos parece dirigirse directamente a alguien, a un espectador de su historia o al propio lector. No nos cansaremos de repetir que en literatura nada es malo a priori, porque no existe un modelo a seguir, sino que depende de las exigencias, preferencias y apetencias del narrador, pero para nosotros es necesario ofrecerles las herramientas para que luego puedan elegir qué cambiar, cómo posicionarse frente a una ficción. Quede pues esa salvedad hecha y les cedemos la palabra a ustedes, los lectores.